

Adicción al trabajo y codicia



Sólo hay una adicción por la que se nos alaba: el exceso de trabajo. Con cualquier otra adicción, los interesados buscan meterte en una clínica o en un programa de recuperación, pero si tu adicción es el trabajo, generalmente se ve como una virtud. Sé de lo que hablo. Soy un "adicto al trabajo en recuperación", y no plenamente sobrio en este momento. Sin embargo, conozco la enfermedad. Estos son sus síntomas: siempre nos falta tiempo porque tenemos demasiadas cosas que hacer. Nuestros días son demasiado cortos.

En su autobiografía, el crítico de cine Roger Ebert, escribe: "He llenado mi vida tanto que muchos días no hay tiempo para pensar en el hecho de que la estoy viviendo". Muchos de nosotros conocemos esa sensación. ¿Por qué nos hacemos esto?

La respuesta puede sorprendernos. Cuando nuestra vida está tan presionada que nunca tenemos tiempo para saborear el hecho de estar vivos y vivirla, cuando siempre nos falta tiempo por la muchas cosas que hay que hacer, estamos sufriendo de avaricia, uno de los clásicos pecados capitales.

Tenemos una noción simplista de la avaricia. Cuando pensamos en una persona codiciosa, nos imaginamos a alguien tacaño, egoísta, rico en dinero y cosas materiales, que acapara esas riquezas para sí mismo. Pocos de nosotros encajamos en esa categoría. La codicia, en nosotros, tiene formas infinitamente más sutiles. Lo que padecemos la mayoría de los que somos generosos, desinteresados y

no somos ricos en dinero o propiedades, es la codicia por la experiencia, la codicia por la vida misma y (si esto no suena demasiado herético) la codicia incluso en nuestra generosidad. Estamos ávidos de hacer más (incluso cosas buenas) en nuestras vidas de lo que el tiempo nos permite.

¿Dónde vemos esto? Lo vemos en nosotros mismos cuando nunca hay suficiente tiempo para hacer lo que (aparentemente) necesitamos hacer. Siempre existe la presión de que deberíamos hacer más. Cuando pensamos que de alguna manera Dios se equivocó con el tiempo y no nos asignó suficiente, estamos sufriendo de avaricia. Henri Nouwen lo describió una vez de esta manera: "Nuestras vidas a menudo parecen maletas sobrecargadas que estallan por las costuras. De hecho, casi siempre nos parece que vamos atrasados. Hay una sensación persistente de que hay tareas inacabadas, promesas no cumplidas, propuestas no realizadas. Siempre hay algo más que deberíamos haber recordado, hecho o dicho. Siempre hay personas a las que no hemos llamado, escrito o visitado".

Pero... Dios no se equivocó al darnos tiempo. Dios nos dio tiempo suficiente para hacer lo que se nos pide, incluso en la generosidad y el desinterés. La cuestión está de nuestro lado y el problema es la codicia. Queremos hacer más en la vida de lo que la propia vida nos permite.

Además, en la mayoría de los casos, esto es fácil de racionalizar. Si nos estamos consumiendo al servir a los demás, podemos ver fácilmente nuestro exceso de esfuerzo, nuestro cansancio y nuestra inquietante sensación de que no estamos haciendo lo suficiente y verlo como una virtud, como una forma de martirio, como generosidad, como una entrega de nuestra vida por los demás. En parte, esto es cierto: hay momentos en los que el amor, las circunstancias o una época concreta de nuestra vida pueden exigirnos que lo entreguemos todo hasta el punto de una abnegación radical; incluso Jesús se sintió abrumado en ocasiones y trató de escabullirse en busca de un poco de soledad. Sin embargo, no siempre es así. Lo que una madre tiene que hacer por un bebé o un niño pequeño necesitado es muy diferente de lo que tiene que hacer cuando ese niño ha crecido y es un adulto. Lo que es virtud en una situación puede convertirse en avaricia en otra.

Estar demasiado ocupado generalmente comienza como una virtud, y luego a menudo se convierte en un vicio - avaricia sutil. Lo que antes era necesario para servir a los demás, ahora empieza a servir más a nuestra propia imagen y reputación. Además, funciona como un escape conveniente. Cuando nos consumimos en hacer el trabajo para los demás, no tenemos que enfrentarnos a nuestros propios demonios interiores ni a los demonios que hay que enfrentar en nuestros matrimonios, vocaciones y relaciones. Simplemente estamos demasiado ocupados; pero esto es una adicción, igual que todas las demás adicciones, excepto que esta adicción en particular se ve como una virtud por la que somos alabados.

Esta es una de las razones por las que Dios nos dio el sábado, ordenándonos dejar de trabajar un día a la semana. Lamentablemente, estamos perdiendo la noción misma del sábado. Hemos convertido un mandamiento en una ligera sugerencia de estilo de vida. Esto puede ser algo bueno, ¡si es que puedes lograrlo! Sin embargo, como escribe Wayne Mueller en su desafiante libro sobre el sábado "Si nos olvidamos de descansar, trabajaremos demasiado y nos olvidaremos de nuestras misericordias más tiernas, nos olvidaremos de los que amamos, nos olvidaremos de nuestros hijos y de nuestra maravilla natural. ... Por eso Dios nos dio el mandamiento de observar el sábado: 'Acuérdate de descansar'. Esto no es una sugerencia de estilo de vida, sino un mandamiento, tan importante como no robar, ni asesinar, ni mentir".

El exceso de trabajo no es una virtud.

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/adiccion-al-trabajo-y-codicia